

## **12º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 10,26-33.**

*En aquel tiempo dijo Jesús a sus apóstoles:*

*-No tengáis miedo a los hombres porque nada hay cubierto que no llegue a descubrirse; nada hay escondido que no llegue a saberse. Lo que os digo de noche decidlo en pleno día, y lo que os digo al oído pregonadlo desde la azotea.*

*No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo. ¿No se venden un par de gorriones por unos cuartos? y, sin embargo, ni uno sólo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo, no hay comparación entre vosotros y los gorriones.*

*Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo.*

# **MIEDO, SOLO, A NO SER CAPAZ DE AMAR**

El Evangelio de este domingo recoge la invitación que Jesús dirige a sus discípulos **«a no tener miedo, a ser fuertes y confiados ante los desafíos de la vida»** y ello, a pesar de las adversidades que tendrán que soportar. El miedo es uno de los enemigos peores de nuestra vida cristiana y por eso Jesús nos exhorta reiteradamente: **«no tengáis miedo»**. Jesús describe tres escenarios de dificultad a los que nos tenemos que enfrentar sus discípulos.

La primera dificultad es **«la hostilidad de los que quieren silenciar la Palabra de Dios»**, bien sea edulcorándola unas veces, aguándola en otras o simplemente, **«acallando a los que la anuncian»**. El Evangelio de hoy recoge cómo Jesús anima a sus Apóstoles a **«difundir el mensaje de salvación que les ha confiado»**. Les dice con cautela, casi en secreto, pero ellos tendrán que anunciar su Evangelio **«en pleno día»**, esto es, **«abiertamente»** y hacerlo **«desde las azoteas»**, es decir, **«públicamente»**.

La segunda dificultad que con la que se encontrarán sus discípulos es **«la amenaza física»**, la persecución directa contra ellos, incluso **«hasta el punto de que los maten»**. Esta profecía de Jesús se ha cumplido en todas las épocas. Es una realidad dolorosa pero que **«da testimonio de la fidelidad de esos discípulos»**.

Hoy también podemos comprobar que no son pocos los cristianos que son perseguidos en razón de su fe, que sufren por el Evangelio con amor. Ellos son los mártires de nuestros días. Su ejemplo nos ayuda a no dudar en **«posicionarnos a favor de Jesús»** dando testimonio de Él en las circunstancias de cada día.

Además de como **«ovejas en medio de los lobos»**, el Señor nos envía como mensajeros en medio de tanta **«gente que no quiere ser despertada»** del letargo mundano y que **«ignora las palabras de Verdad del Evangelio»**, construyéndose sus propias verdades. Y si nosotros nos referimos al Evangelio molestamos y no nos miran bien.

A los discípulos de ayer y de hoy que sufren persecución, Jesús les dice: **«no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma»**. No hay que temer a los que intentan extinguir la fuerza del Evangelio mediante la arrogancia y la violencia. De hecho, no pueden hacer nada contra el alma, es decir, **«contra nuestra comunión con Dios»**. Nadie puede quitárnosla, porque es un **«regalo de Dios»**. El único temor que debemos tener es el de **«perder ese don divino, la cercanía, la amistad con Dios»**, si es que no somos capaces de vivir según el Evangelio.

El tercer tipo de dificultad al que los discípulos deberán enfrentarse, lo identifica Jesús en el miedo a que **«el mismo Dios nos hubiera abandonado»**, cuando lo sentimos distante y en silencio. También en este caso nos exhorta a no tener miedo, porque, aunque pasemos por estos u otros escollos, **«nuestra vida está en manos de Dios que nos ama y nos cuida»**.

También Jesús sufrió esta prueba en el Huerto de los Olivos y en la Cruz: **«Padre, ¿por qué me has abandonado?»**, decía. A veces sentimos esta **«aridez espiritual»**, pero no hemos de tenerle miedo. El Padre nos cuida porque somos valiosos a sus ojos. Lo importante no es la sensación de abandono sino **«nuestra determinación»** a la hora de testimoniar la fe, **«reconociendo a Jesús ante los hombres y siguiendo adelante haciendo el bien»**.



El remedio que el Evangelio nos ofrece para vencer nuestros temores se resume en una palabra: **«confianza en Dios»**, creer en la Providencia y en el amor de Dios Padre.

La verdadera raíz de todos los temores está en sentirse solo, pero Jesús nos asegura justamente esto, que no seremos abandonados. **«Si mi madre y mi padre me abandonan, el Señor me acogerá»**, se dice en uno de los Salmos. Aunque todos nos abandonaran, Él no. Su amor es más fuerte que todo.

Jesús quiere liberarnos de los temores y nos libera siempre. Pero Él no tiene un solo modo para hacerlo, tiene dos: o nos quita de

raíz el miedo del corazón o nos ayuda a **«vivirlo de manera nueva»**, más libremente, haciendo de ello una **«ocasión de gracia para nosotros y para los demás»**. Él mismo tuvo esa experiencia en el Huerto de los Olivos. Está escrito que **«comenzó a experimentar tristeza y angustia»**. Y la afrontó libremente precisamente para redimir también este aspecto de la condición humana.

Jesús nos invita a **«no tener miedo a ser vulnerables a la frustración, a la enfermedad, al sufrimiento, al dolor o a la muerte»**. A través de esa vulnerabilidad podemos experimentar la necesidad de que nos cuiden o la capacidad de cuidar. Son realidades en donde más claramente **«podemos percibir que Dios nunca nos deja solos»**, que siempre está con nosotros en el camino de la vida, que nos lleva de su mano.

Si nos sentimos amados por Dios, los miedos, especialmente el de la muerte, tienen **«el poder de levantarnos en vez de deprimirnos»**, de hacernos más atentos a los demás, más comprensivos, en una palabra, **«más humanos»**. ¡Que así sea!